CARLOS DÁMASO MARTÍNEZ



eduvim

Pajarito de agua es una colección creada por **Eduvim** (Editorial Universitaria Villa María) para difundir la literatura de Villa María y de Córdoba. Es de distribución totalmente gratuita. Queda totalmente prohibida su reproducción total o parcial. Asimismo tampoco se permite su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo y expreso del Editor.

ISBN 978-987-1518-06-7
© EDUVIM - Editorial Universitaria Villa María
© Carlos Dámaso Martínez
Queda hecho el Depósito que establece la Ley 11.723

Cualquier parecido de los relatos de este libro con la Realidad es mera coincidencia. La responsabilidad por las expresiones vertidas en estos cuentos corre por cuenta de sus autores. Su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista ni del Director Editorial, ni del Consejo Editor u otra autoridad de la UNVM.

Diseño de Tapas: © Robinson Ríos
Diseño de Interiores: © Sebastián Dinolfo

La publicación de estos cuentos se realiza con el auspicio del Proyecto de Voluntariado Universitario “Leamos a Córdoba en su Literatura” del Programa Permanente de Extensión de la Cátedra de Literatura Argentina I y II del Profesorado en Lengua y Literatura de la UNVM.
Secretaría de Bienestar. Políticas Universitarias.

TAXIS

Era una de esas tardes lluviosas de otoño. Para llegar a mi estudio decidí tomar un taxi. Caminé unas cuadras y me puse a esperar. La lluvia cada vez más intensa prometía seguir por varias horas. Todos los taxis pasaban ocupados, así que estuve un buen rato bajo la entrada de un edificio, hasta que uno paró en la otra esquina para que descendiera su pasajero. Corrí, le abrí la puerta y esperé que bajara. Era una mujer con su bebé en brazos. Detrás de mí, y a un costado, descubrí la mirada de algunos que me observaban con envidia por haber llegado antes que ellos.

Ya en el interior del auto me acomodé lo mejor que pude. El chofer, un tipo de pelo corto, rubio y algo cabezón, apenas si me saludó y parecía concentrado en algún pensamiento o probablemente atento a la radio que tenía encendida. Me sorprendió que escuchara música clásica. Yo había llegado al final de un concierto de Wagner como indicaba el locutor de Radio Nacional. Mientras avanzábamos por la avenida alcanzaron a pasar un fragmento de la inconfundible sinfonía número 40 de Mozart. Y ya avanzado nuestro viaje, llegó la hora del noticiero, eran las

cinco de la tarde en punto. Fue una de las noticias el detonante que desató el relato imparable del chofer. El locutor del noticiero dijo que un avión de una línea aérea norteamericana había sido secuestrado por un grupo de guerrilleros en Colombia. No bien terminó de decirlo, el chofer de pelo corto y rubio giró un poco su cabeza hacia mí y habló por primera vez: Yo a estos los conozco muy bien. Lo escuché y decidí no contestarle. Luego bajó el volumen de la radio y volvió a hablar: Digo que los conozco muy bien porque hace muchos años maté a varios guerrilleros en Tucumán. Y los colombianos son más o menos lo mismo, lo que pasa es que no se han decidido a eliminarlos de una vez por todas. Pensé que iba a decirle que parara el taxi, que yo me bajaba ahí nomás, pero cierta curiosidad, el hecho de saber con qué iba a seguir me llevó a continuar en silencio. Él lo percibió o pensó que estaba muy interesado en lo que contaba y de inmediato prosiguió, mientras me observaba por el espejo retrovisor. En Tucumán me tocó la colimba y allí a los que teníamos mejor aptitud militar nos engancharon para combatir a los guerrilleros en el monte. Así que los conozco bien. Los destrozamos fácilmente. Ellos estaban condenados de un principio, los dejaron crecer hasta que se decidieron a eliminarlos; y bueno, a mí me tocó justo ese momento. Lo observé desde atrás y comprobé que era un hombre robusto, de unos cuarenta y tantos años. Como es habitual en mí, dudé que fuera cierto lo que decía, tal vez intentaba impresionarme y ver

cómo yo reaccionaba. Lo más probable, me dije, es que sea de la policía o de algún servicio y mi barba lo ha motivado para hacerme hablar y ver cómo pienso. Por suerte vivíamos desde hacía años en democracia y provocadores como estos ya no asustaban a nadie, sólo producían repugnancia e indignación. Y él continuó hablando. Explicó que después de acabar con la guerrilla lo nombraron dragoniante y le dieron la baja con honores y condecoraciones por los servicios prestados. Yo creía que me había librado para siempre de los milicos, dijo y vi su sonrisa en el espejo por donde me miraba. Pero no, la cosa es cuando años después viene lo de Chile, recibo una citación en casa para presentarme en cuarenta y ocho horas en Campo de Mayo. Yo ya estaba trabajando en esto, tenía dos taxis y en ese momento no me convenía volver al ejército, aunque me tentaba la posibilidad de otra guerra. Dudé, pero finalmente digo, que se vayan a la mierda, yo no voy y hago de cuenta que no recibí ninguna citación. Mi viejo, me dice estás loco, andá presentate, no podés hacer eso. Pasa una semana y nada, todo en orden. Una mañana temprano, tocan el timbre y salgo a la puerta y me encuentro con un teniente y dos jeeps con soldados armados que me vienen a buscar. No me queda otra opción que ir con ellos. Bueno, arreglo la cosa, me salvo del calabozo y otras sanciones y me mandan al sur. La guerra con Chile era un hecho inminente en ese momento. Y ahora qué me va a contar, pensé. Creo que es un mitómano, me dije y me predispuse a aguantár-

melo. El tipo siguió hablando y me dijo: Voy a parar a Río Gallegos, estoy con una bronca que vuelo, pasan así unos días hasta que la guerra con los chilenos se desinfla y nos vuelve el alma al cuerpo. Uno de esos días nos dan franco, entonces voy al pueblo con dos flacos, un tucumano y un santiagueño, y la hacemos completa. Tomamos unas copas en el centro y nos encamamos con unas putas del mejor burdel que encontramos. Nos quedamos bien livianitos, a mí me tocó una morocha de dieciocho años que estaba brutal. Nunca estuve con una puta tan ardiente. Después seguimos bebiendo en un bar del puerto y nos vamos agarrando una curda bárbara. Para colmo había allí un grupo de marineros suecos tan borrachos como nosotros y no me acuerdo si fue por una mina o por otra cosa que empezamos a las trompadas. Yo soy cinturón negro, así que te imaginás cómo les fue. Le dimos una biaba a los suecos que se deben estar acordando todavía. Llegamos al cuartel a la madrugada y no sé bien porqué con el tucumano agarramos nuestras pilchas de civiles y nos mandamos a mudar con un jeep de nuestra división. Y nos venimos para Buenos Aires, estuvimos viajando como dos días. Dejamos el jeep a la entrada de Luján, en un camino de tierra a dos cuadras de la ruta y después nos tomamos un ómnibus hacia la capital. Allí nos separamos y hasta el día de hoy no supe más del tucumano.

El tránsito se había atascado en Acoyte y avanzábamos a paso de hombre. Estuve a punto de bajarme y tomar el subte, pero me armé de

paciencia. Tal vez por eso le pregunté qué le pasó después. El parecía satisfecho, había logrado engancharme con su relato y pensé que se creía una especie de Rambo, el héroe de una "película de acción". Por lo tanto se envalentonó aún más y prosiguió. Y estuve un tiempo escondido, anduve por varios lados, cambiando de escondite. Pero tuve suerte, al poco tiempo se armó lo de Malvinas, viste. Entonces aproveché la oportunidad, ellos necesitaban tipos como yo, así que le hice llegar un mensaje mío a un coronel de Campo de Mayo que conocía muy bien, y a los pocos días arreglé el asunto. Se olvidaron de lo que había hecho y partí para las Malvinas. Cómo me iba a perder esta guerra.

Intuí que él continuaría con su historia y ya faltaban pocas cuadras para llegar a mi estudio. En esa época, harto de escuchar hablar a los taxistas, había decidido no entablar ninguna conversación con los que me tocaba en cada viaje. Cuando subía al auto me limitaba a darles la dirección a donde iba y le indicaba el camino, después ponía cara de malhumorado y agarraba un diario o algunos papeles del portafolios para que no me hablaran. Una vez al anochecer, cuando iba para mi casa, me tocó uno muy caradura que lo primero que dijo fue: Y usted a qué se dedica. Me quedé un rato mudo por la indignación sin saber que contestarle. Luego le dije: Mire, me duele la cabeza así que no tengo ganas de hablar. Se lo dije de tan mal modo que me pidió disculpas y no pronunció ni una sola palabra más hasta el fin del viaje.

Pero esta vez, como un tonto, me había dejado atrapar por el relato del taxista. Así que Malvinas también, le dije con cierta ironía pero él, siempre observándome por el espejo retrovisor, no se dio por enterado de mi intención burlona y descreída. Sí, y estuve en el peor frente, me tocó estar en la defensa de Darwin-Goose House, dijo. Estábamos rodeados por los ingleses que habían entrado por San Carlos, fue la mayor batalla de la guerra. En nuestro regimiento había tres compañías, y yo integraba la que cubría el frente sur. Nunca estuve tanto tiempo metido en una trinchera, nunca vi tantos disparos de artillería, de los nuestros y de los ingleses. A estos hijos de puta, los vimos a unos trescientos metros. Verlos es un decir, porque sólo había sombras allí, sombras, fogonazos y estruendos de granadas y balazos por todos lados. Para matar el frío nos habíamos conseguido un camión de intendencia unas botellas de whisky, pero así y todo había algunos pibes que tiritaban de frío. Teníamos una ropa de mierda, ni hablar de los borceguíes que se te congelaban los pies. En pocas horas estábamos rodeados por los ingleses, avanzaban en grupos de a doce. Nosotros desde el pozo tirábamos como locos y sentíamos el grito de los enemigos que caían en el ataque. Pero también los nuestros fueron cayendo como moscas; pobres pibes, los apilábamos como podíamos en medio del barro y el frío; el pozo ese se iba convirtiendo en nuestra propia tumba. En un momento miramos hacia arriba y escuchamos que nos hablaban en inglés, eran dos

y enseguida le tiré todo el cargador de mi FAL. Los vi retorcerse, las balas entraban en sus cuerpos y los envolvía un humo blanco, como si salieran plumas, una espuma cenicienta y helada. Ya los teníamos encima. Los heridos nuestros gritaban, gemían por el dolor, parecían cubiertos por su propia sangre; no podíamos hacer nada por ellos, sólo combatir hasta que ese infierno terminara.

El auto se detuvo, habíamos llegado y yo tenía que bajar pero su relato estaba inconcluso, así que nos demoramos unos minutos. Giró su cabeza hacia atrás, hacia donde me encontraba, y mirándome a los ojos, prosiguió. En un momento sentí que iba a terminar muerto a balazos en la trinchera -dijo-, nuestra posición era insostenible, estábamos condenados. Con un cabo y un subteniente, intentamos organizar la salida. Quedábamos sólo unos pocos, la mayoría de los muertos y heridos eran todos pibes, casi reclutas, apenas si sabían empuñar los fusiles. Ahí me di cuenta que esa guerra era un desastre, nos habían mandado al matadero, no había tipos con mi preparación y yo era el único estúpido que me había ofrecido como voluntario. Pero salimos por un costado, en medio del manto de neblina y el humo. Arrastrándonos avanzamos unos diez metros y empezaron a llover las balas por todos lados. Los ingleses estaban ahí, casi sobre nosotros, algunos se desplazaban sin vernos. De pronto nos quedamos tirados, boca abajo, quietos, con el fusil apuntando a la niebla, a las sombras, casi ciegos. A mi lado lo sentía al cabo y a dos

muchachos correntinos. Alguien lloriqueaba con quejidos de dolor en la cercanía. Quizás éramos los únicos con vida en ese momento. Vi desplazarse hacia adelante las manchas de unos vehículos, me parecieron motos, tanquetas o jeeps, se movían con dificultad como si fueran unos insectos gigantescos y pesados. En el momento que me incorporo y comienzo a desplazarme casi a la carrera con el FAL apuntando hacia delante, sin saber hacia donde voy, estalla una granada justo atrás, en el lugar donde poco antes había estado tirado, casi inmóvil. Y ya no puedo correr, la vista se me nubla, estoy en las sombras, siento un grito fuerte que poco a poco en su desesperación se va apagando, hasta que pierdo totalmente el conocimiento.

Le pagué mi viaje, él me dio el vuelto. Se había producido un silencio que me puso nervioso. Pensé que si no me apuraba en bajar iba a llegar tarde a la reunión en mi estudio. No supe que decirle al taxista, sólo pensé que era un loco, un farsante, que mentía, vaya a saber porqué. Cuando fui a abrir la puerta para descender del auto, él me dijo: Oiga, mire. Y vi como se levantó el pantalón de su pierna derecha, que poco antes tenía apoyada sobre el pedal del freno. Distinguí así de pronto en su pierna descubierta varias cicatrices, una zona amoratada, otra con la piel como si hubiese sido quemada. Él sonrió, triunfante, y me dijo: Estoy lleno de estas marcas en el cuerpo. Por suerte, la granada explotó unos metros más atrás, fui el único que se salvó, tuve mucha suerte. Lo miré

sorprendido y le dije: Sí, claro. Él levantó el volumen de la radio y la música de una opereta inundó todo. Entonces yo me bajé apresuradamente. El auto arrancó y lo vi perderse en la calle casi vacía, bajo la lluvia cada vez más densa y más gris.

EL NÁUFRAGO DE LAS SOMBRAS

"Existen tantas clases de naufragios como hombres hay"
Joseph Conrad

¿El crimen perfecto existe? Yo digo que ha existido, existe y puede existir. ¿Es un hecho comprobable? Esa es otra cuestión. Una vez más la historia me ha revelado una sorpresa. Estoy lleno de sorpresas. Por eso ya no me asombro de nada.

El crimen perfecto es un mito dentro de la "ficción", es una "realidad" en la realidad. La novela policial es un atentado contra el crimen perfecto. Su moral lo combate. Lo desnuda al final de la investigación.

El crimen perfecto existe y éste es uno de sus documentos.

I

El clarín había sonado lúgubremente después de la carga de fusilería. Nunca me han gustado las ceremonias fúnebres, aunque en ese momento tendría que haberme sentido reconfortado porque mi delicada misión concluía...

Escribo cartas. Y un diario desde hace mucho tiempo. Escribir, informar, investigar, relacionar es parte de mi oficio. Hoy figuro como un

acaudalado hombre de negocios; puedo ser, dentro de unos meses, un viejo marino retirado, un distinguido viajero o, en cualquier momento, un funcionario en el territorio del Nuevo Mundo. Hablo perfectamente el español, el portugués de mi segunda patria y converso fluidamente el inglés, ese idioma de la austeridad y el poder. Quizá sea éste un asunto más, pero no deja de consternarme. ¿Quién puede confiar que lo que digo en tales circunstancias sea tan genuino como el suave cuero de mis guantes? Me subvierte mi propia estupidez.

(...) He seguido todos sus pasos, he logrado apoderarme de sus documentos más personales y comprometedores, conozco sus rasgos de carácter, sus virtudes y debilidades como si fuera él mismo. Quién diría que yo, Andrés Álvaro de Sevilla, llegaría a sentir, en plena travesía del Atlántico y en medio de este temporal impío, de tal manera, tan perplejo, los acontecimientos que he tenido por experiencia durante estos últimos meses a orillas del Plata.

El destino fatídico de mi segunda patria me ha arrastrado hacia esas costas ignotas para servirlo y ponerme bajo sus órdenes, vuestra excelencia. ¿A quién sino a usted, Don Rodrigo de Souza Coutinho, debo todo lo que he aprendido, lo que soy? Sin vuestra confianza y tutela no se me habrían abierto las puertas que he atravesado, no llevaría esta vida fastuosa que a cada instante valoro con hondo fervor. Claro está, yo he sido útil, muy útil, a los altos intereses de nuestro reino.

Ahora que miro desde mi camarote el mar tumultuoso y aferro estos papeles para que no se desparramen por el incesante balanceo, pienso que cada palabra que escribo está destinada al silencio. Es parte de un secreto de mi Real Gobierno y morirá conmigo. No uso en estos momentos las claves de rigor, no es preciso, estoy muy seguro de mi obrar. Nadie podría sorprenderme cometiendo un desliz, un mínimo error, estoy preparado para sobreponerme a cualquier peligro.

Escribo apresurado. ¿Temo quizás que esta tormenta se convierta en un tifón que acabe con todos nosotros? Qué ironías tiene la fortuna. Su padre, hacia el año de 1767, navegando en una fragata más antigua que ésta, se salvó milagrosamente de sucumbir en las aguas heladas del Sur, allá cerca del Cabo de Hornos, y él, tras su ominosa derrota, venir a caer en medio de las olas del trópico, en estas aguas tan cálidas, pero tan cercanas al peligro de huracanes y naufragios. ¿Es que acaso no he aventurado aún el temor de perecer en alta mar? Puedo reír, reírme del destino de los otros, de sus debilidades y sombrías agonías sólo después de beber dos o tres copas de ese excelente brandy que me ha obsequiado el capitán Cranley.

II

El clarín había sonado lúgubremente después de la carga de fusilería. Todo concluía en medio de la breve calma de la tormenta. La ceremonia

fue rápida, austera y sin discursos ni rezos. Sólo la bandera de Su Majestad Británica a media asta. La llovizna había cesado pero la bruma era penetrante y espesa. Estaba el capitán Cranley con su uniforme oscuro y la gorra entre las manos, mirando distraídamente hacia el cuerpo y bien sabía yo que su respiración había cambiado de ritmo cuando tuvo la certeza de que todo había concluido. Sólo un incidente, no muy grave, pero que yo debía tener especialmente en cuenta por su actitud inconsulta y extraña. El mar parecía haber detenido su ímpetu y el oleaje a esa hora de la tarde sorpresivamente se había calmado.

Su hermano Manuel traslucía en su rostro la angustia de los últimos tres días. Él, como yo, podrá contar lo sucedido. Durante toda la travesía sé que ha escrito innúmeras cartas, y sus anotaciones en ese cuaderno de tapas de cuero que lleva siempre consigo no le van en zaga. Pero quién de nosotros no escribe cartas, y más aún con este tiempo infernal. El capitán Cranley, además de su diario de bitácora, escribe siempre a sus padres. Al parecer nunca le han estimado mucho y él hace todo lo posible para que sus noticias lleguen desde cualquier puerto del mundo a Liverpool.

Al otro rioplatense, joven también y Guido de apellido, todo este tiempo lo he visto rondar como una sombra por los camarotes. Y estaba allí, vestido de gris, mirando sin mirar –como Manuel– en dirección al cuerpo yacente. Quizá no querían ver las rayas rojas de la bandera im-

perial que envolvía al cadáver desde el momento mismo en que se lo depositó en cubierta. Era, sin duda, ofensivo terminar envuelto en esa insignia que apenas unos años atrás ellos habían doblegado a "puro coraje nomás". Sin embargo estaban navegando bajo esa bandera y era lo usual. ¡No tenía por qué ser tan susceptible pues! El capitán Cranley, nuestro capitán de la *Fama*, les había comunicado personalmente que no debía usarse otro paño o lienzo encima de la mortaja.

Claro está, existía ese incidente del capitán, que ellos conocían como yo y la desconfianza reinaba en el ambiente. Manuel, con los ojos cargados de rabia y dolor, le contestó con un seco *All right, captain*. Y él salió del camarote saludando militarmente. Así fue como lo escuché de sus labios poco después. Mi informe sobre usted, oficial de la Real Marina Británica (y acaso oscuro miembro del Foreign Office), no será tan excelente como pensaba. En cambio, será muy honroso el del teniente Ramsay, cuya escolta con la *Misletoe* nos ha sido tan imprescindible en momentos tan difíciles como fue navegar en las proximidades de Montevideo.

Después de los sones del clarín comenzó a soplar nuevamente el viento. La bandera británica que envolvía el cadáver parecía inflarse y por momentos temí que se desatara y echara a volar. Bajo sus pliegues titilantes flameaban las formas de su cuerpo. Entonces no pude dejar de imaginar ese rostro aniñado, las leves picaduras de viruela en sus mejillas,

el aliento de su respiración en medio del camarote, allí tirado en el suelo durante su agonía.

El segundo oficial y un guardiamarina se encargaron de echarlo al mar. No quise verlo caer entre las olas, pero sentí el ruido de su cuerpo al chocar con ellas. Imaginé, mientras su hermano y el otro se retiraban silenciosamente a sus camarotes, el agua turbulenta, la bandera y sus ropas mojadas adhiriéndose a su piel, su cuerpo flotando entre la espuma de la marejada azul de la tarde, sin querer hundirse, como esperando que la noche no cayera con su manto de sombras y renaciera a la madrugada el sol refulgente y amplio sobre el horizonte.

Pero a pesar del incidente del capitán Cranley, había concluido con mi misión y ese cuerpo naufragaba entre las fuerzas secretas del mar.

III

"No sé qué cosa funesta se anuncia en mi viaje." Me ha contado el teniente Ramsay que él dijo durante el trasbordo de la *Misletoe* a la *Fama*. Y luego, cuando comenzó el primer temporal, lo repitió en mi presencia y ante su hermano y el joven Guido. Su temor no era para menos, ¿quién de nosotros no sintió el naufragio tan próximo? Fueron ocho días terribles: después de esa relativa calma durante varias jornadas y ahora nuevamente en medio de otra tormenta. Su extraña enfermedad, sin duda, se fue acentuando con el furor del mar. No podía dar un paso y

vomitaba todo lo que llegaba a su estómago. Aunque su salud y su fogoso espíritu ya estaban quebrados de antes. Cuenta el teniente Ramsay que "los designios de Buenos Aires lo habían vencido finalmente". Bien sabemos que esos designios son Saavedra y la Junta Grande: ellos habían podido derrocarlo. El que subió el 25 por la tarde era ya un cadáver. Nos ha tocado, simplemente, compartir su agonía. Eso es todo. Piense vuestra excelencia que sus ideas y planes eran harto inconvenientes para los altos intereses que guían a nuestra infanta en estas regiones australes del Nuevo Mundo. Y todo, sí, naturalmente todo, ha contribuido para que este viaje haya tomado finalmente este cariz.

El teniente Ramsay me ha informado también que en Buenos Aires, pocas horas antes de partir, supo, por los canales de sus agentes habituales, que doña Guadalupe Cuenca (la esposa de este joven tribuno, como le dirán con los años sus partidarios) recibiría como obsequio anónimo un par de mitones negros, un abanico de luto y un velo del mismo tono. ¡Qué preanuncio tan sugestivo!

Por mi parte, yo he leído algunas de las cartas que él durante su leve mejoría escribió a doña María Guadalupe. "Querida María, mi querida María", reiteraba su pluma y la preocupación por su enfermedad le hacía temer por el futuro de su hijo. "Es débil, tan delgado como yo lo he sido, pero será tan fuerte como su padre y más..." ¿Fuerte? Sí. No lo dudo. Pero su tendencia enfermiza no es sólo física, me decía a mí mismo, re-

funfuñando, mientras leía esas cuartillas que él habla entintado.

Por esas cartas estoy seguro de que su fiebre nunca cesó: no escribía, deliraba todo el tiempo. Recordaba "sus primeros días de amor", cuando ella tenía sólo catorce años. El secreto de esa relación celosamente guardada ante su familia. Las patrañas que tuvieron que urdir y la manera directa, firme que él había decidido asumir para decírselo a sus padres. Hablaba de sí en tercera persona. Decía "¿el joven estudiante de Derecho en Chuquisaca, no dejó de deslumbrarte todavía? Recordaba la muerte de su padre a los pocos días de su regreso a Buenos Aires en la primavera de 1805. Insistía en que la tristeza había acabado con su vida. Una tristeza que él asumía confusamente como propia. Podía llegar a conmover con algunos párrafos, pero yo alejaba de mi todo sentimiento novelesco y tomaba distancia, observaba, leía secretamente sus propios secretos.

Escribió también durante ese tiempo un borrador. Escribía y leía. Estoy informado de que tenía varios ejemplares del *British Review*. A veces no llegaba a salir de su camarote en todo el día. Sólo en pocas ocasiones lo vi en la mesa grande, pero él rehuía su mirada y apenas probaba bocado. Su semblante parecía más aniñado y su voz no era audible. Contestaba con monosílabos. En cambio, su hermano parecía hablar por él. Tuve también algunas páginas de ese borrador. Pude copiarlo y restituirlo al cofre donde guardaba sus escritos, durante el período de

su leve mejoría. Después todo se hizo más difícil y su enfermedad lo tuvo postrado en su litera. Pero no parecía un hombre decidido a entregarse a la muerte. Sobre esa impresión conversamos largamente con el capitán Cranley en el puente de mando.

El borrador eran unos apuntes difusos, ideas en proyecto sobre su actuación política, y un análisis de la situación actual en Buenos Aires. Nada que no conociéramos. Algunas observaciones sobre el plan secreto y las dificultades de su aplicación. También una semblanza muy crítica de Saavedra y de los acontecimientos que precipitaron su caída. ¿Pensaba publicar un artículo en Londres? Probablemente. Este documento o borrador de varias cuartillas y los antecedentes sobre su temperamento coadyuvaron a que el capitán Cranley tomara por su cuenta la decisión que finalmente adoptó. De todos modos, ya no vamos a tener que escuchar a este doctorcito decir cosas como que nosotros queremos "un puntito en el Río de la Plata" y "que no nos van a ceder ni un palmo".

IV

(...) El mar es un infierno terrible. Casi no puedo escribir. Después de que su cuerpo fuera arrojado a las aguas cayó la noche y con ella este gran temporal que no cesa y que por primera vez me ha hecho sentir miedo de no llegar a destino. Es imposible probar algún bocado y sólo este buen brandy me mantiene en pie.

Navegamos en plena alta mar. Ya estamos a muchas millas del Cabo de Buena Esperanza.

V

No he dicho todavía que desde el comienzo del viaje estuvo empeñado en traducir del inglés un libro cuya versión original es francesa como su autor. Una traducción de otra traducción. A un intelectual español o portugués nunca se le habría ocurrido algo tan complicado. Se trata del célebre *Viaje del Joven Anacharsis*, algo típico de fin de siglo, enciclopedista y neoclásico. El mundo de los griegos en pleno océano a través de Juan Jacobo Barthelemy. ¿Por qué tanto empeño en traducir este libro? Me resulta más coherente su traducción del otro Juan Jacobo, versión que circula en Buenos Aires y en el Río de Janeiro y que misteriosamente él no ha asumido aún.

Transcribo algunos párrafos que su pluma ha querido destacar en el original traducido con una prolija llave en el margen izquierdo.

"El autor de esta obra es Anacharsis, escyta de nación e hijo de Forsaris: pretende con ella dirigir a sus amigos, y empezar por exponerles los motivos que lo impulsaron a viajar."

¿Se identificaba con él?

Otro pasaje:

"*Leucón llegó por fin a cerciorarse de esta falsía así que, a uno que se aventuró a hacerle una nueva delación lé dijo:*

–Infeliz, yo te daría morir, si los malvados como tú no fuesen necesarios a los déspotas."

Podría transcribir otros párrafos; pero no es necesario, pues poseo copias de este original y un ejemplar de Barthelemy con el cual podría cotejar su exactitud. Aunque hay una frase igualmente destacada que no deja de intrigarme:

"*Últimamente, mi sorpresa debilitándose más y más, iba gradualmente haciendo desvanecer los placeres que me originaba, en fin, he visto con dolor que llegamos a perder en sensaciones cuanto ganamos en experiencia.*"

Intuía que era ésta su última experiencia. ¿Preanunciaba su fin remarcando con su pluma estas palabras? No puedo dejar de pensar en ello.

VI

Manuel hablaba despacio. Su voz sonaba con ese tono inconfundible de los rioplatenses, en medio de la sala de Navegación. Era algo parecido a su hermano, más joven quizás, y sus ojos brillaban bajo la luz tenue de una pequeña lámpara.

–Es una situación difícil –dije por decir algo, mientras veía cómo el capitán Cranley encendía su pipa y ensayaba una sonrisa afable. Manuel bajó su cabeza y sin mirarnos me respondió, pero como si hablara solo:

–Siempre nos ha sido difícil, ya lo sabíamos. Sin embargo ésta ha sido la hora de nuestro destino y los sucesos se precipitaron. Es como un tifón en medio del mar, después viene la calma. Ya han visto ustedes. Embarcamos y se desató una terrible tormenta, ahora la tranquilidad está con nosotros. ¿Pero quién nos asegura que mañana o pasado no cambien los vientos y volvamos a sumergirnos en las tinieblas?

–Ya lo creo, ya lo creo –dije.

Y luego pregunté:

–¿Así que su hermano nunca ha gozado de buena salud?

–Sí, sí –dijo casi interrumpiéndome–: la salud de Mariano nunca ha sido muy buena. Le voy a referir algunos hechos que lo pintan de cuerpo entero. Cuando tenía ocho años fue atacado violentamente de viruela. En aquel tiempo esta enfermedad era un azote entre niños y jóvenes. El se salvó milagrosamente, pero quedaron en su semblante los vestigios del mal. Desde entonces su constitución física no le ha sido muy favorable. Hacia 1779 emprendió un viaje a Chuquisaca. Iba a prepararse para ser sacerdote, pues ése era el deseo más ferviente de mi padre. Sin embargo, las circunstancias hicieron de él un hombre de leyes...

–Y un político –dije.

–Un patriota, dirá usted.

Hubo un silencio cortante entre nosotros que duró apenas unos segundos. Después de mirarnos fijamente, Manuel continuó su relato.

–Era un viaje muy largo y cansador. El estado de los caminos desde Buenos Aires al Perú aún sigue siendo lamentable. La cuestión es que en Tucumán, casi a la mitad de la travesía, lo afectó un cruel reumatismo que lo dejó postrado más de quince días en cama.

–¿Casi como ahora? –dije.

–Si –dijo secamente él.

El capitán Cranley, que nos miraba con su pipa entre los dientes, sólo atinó a decir:

–Certainly, Sir.

–¿Pero esa vez salió adelante? –pregunté.

–En efecto –contestó Manuel y retomó su historia–. Fíjese que se curó de una manera original. Fue por exceso, y nadie –que yo sepa– se cura por exceso. Resulta que en ese estado apenas si podía tomar agua. Le mojaban los labios con un paño húmedo, y de tanto en tanto, le dejaban tomar unos sorbitos. Y uno de esos días, ya extenuado por la situación, se incorporó de su lecho de enfermo con el objeto de mojar el paño en una jarra llena de agua que tenía al lado de su catre, pero resulta que al levantarlo, por la debilidad que tenía, se lo tiró encima. Y según sus propias palabras, después de mojarse íntegro, tembló, tiritó de

frío, y por momentos creyó estar cerca, muy cerca de la muerte; empero, al cabo de un par de horas se sintió tan bien de salud, como si nunca hubiera tenido nada.

–Tendríamos que probar ahora con algo similar –dije.

Y todos reímos, el capitán Cranley con un sonido ronco, Manuel Moreno con un dejo algo nervioso.

–Después –dijo enseguida y refiriéndose a su hermano– fue en Chuquisaca, en la casa del canónigo Terrazas. Mariano era muy joven y como a todo joven le gustaban las fiestas y banquetes. Resulta que él llevaba enfermo cerca de un mes, cuando no sé exactamente porqué motivo se hizo una gran comida con muchos invitados en lo del canónigo, que era su maestro y protector, y él no podía asistir porque tenía una dieta muy estricta y estaba –como les decía– muy enfermo. Empezaba la fiesta, se ve que los olores de los manjares y los ruidos lo despertaron en su habitación. Entonces no pudo resistir la tentación de visitar la cocina, ya que públicamente no podía presentarse. Y bueno, allí probó de todo, comió por lo que no había comido en un mes. Después de hacerlo, se sintió tan recuperado que el mismo médico, al revisarlo más tarde, creyó que se había producido un milagro. Ya ven, pareciera que con los excesos le ha ido hasta ahora muy bien.

Y por un momento, todos volvimos a reír.

VII

No había estrellas, no había claridades en el cielo. El temporal había comenzado con una marejada tolerable y poco a poco se fue convirtiendo en un verdadero infierno. Tuvimos que refugiarnos en nuestros camarotes y tirarnos en las literas. Era imposible estar parado o sentado. la *Fama* se sacudía en las profundas convulsiones del Atlántico. Una bruma espectral nos rodeaba y estaba prohibido salir a cubierta. El capitán Cranley me había dicho poco antes que la tripulación estaba muy intranquila y que su experiencia de viejo lobo de mar le hacía temer lo peor. Yo seguía manteniéndome de buen talante con la ayuda del brandy, como lo hago ahora que escribo y anoto sueltamente los acontecimientos más importantes de este viaje.

El maldito temporal continúa y va a seguir, va a seguir. Ayer, cuando su cuerpo estuvo en cubierta, fue un día de calma, en el cielo parecían abrirse las nubes como un indicio de que todo iba a mejorar. Empero, el oleaje está de nuevo agitado y a lo lejos resalta la espuma blanca en medio de un mar tan gris como el cielo. La Fama avanza dificultosamente y las cubiertas han vuelto a anegarse.

Todos temíamos morir, no llegar finalmente a buen puerto, como se dice. Él había empezado a vomitar como al principio del viaje. Su hermano Manuel parecía cada vez más preocupado. Mis colaboradores me habían informado que él era una verdadera piltrafa; ya no podía hacer

nada y había dejado su cucheta para acostarse en el suelo del camarote. Allí permanecía dando vueltas y devolviendo de tanto en tanto un líquido fétido como si en cada arcada arrojara partes de sus propias entrañas. Como a bordo no hay médico y muy pocas medicinas, de su administración se encarga personalmente el capitán Cranley. Es por eso que en todo momento ha estado en contacto con él. Lo que yo sé y anoto lo conozco por el mismo capitán y por mis colaboradores de la tripulación. También he tenido el testimonio directo de su hermano Manuel. Sus cartas y escritos yacen ahora guardados en su cofre personal, un cofre de madera con esquineros de bronce que ha cerrado con un fuerte candado. Como es de suponer –y creo haberlo señalado ya–, ello no ha sido impedimento para que durante la travesía yo pudiera tener copia de todo lo que allí guardaba. Y usted bien lo sabe, no han existido secretos para mí en Buenos Aires. Todo tipo de documento y plan estrictamente confidencial de la Junta ha llegado en prolijas copias a vuestro despacho. Uno puede atravesar paredes, violar las intimidades más recónditas si se trata de proteger los altos intereses de nuestro reino. No obstante, no deja de intrigarme la actitud final del capitán Cranley: he comenzado a ver en él, detrás de su aparente ingenuidad, a un tigre agazapado. No puedo ya confiar en nadie. Reviso cada gesto suyo, y doblo los pagos de mis confidentes. Sospecho de mi propia sombra, pese a que el desenlace no ha sido imprevisible. Estaba prevista la posi-

bilidad de un "accidente", y de mi dependía el momento y las circunstancias... pero no fue así.

Por las dudas he cambiado el brandy por un fuerte ron. Me siento mejor y trato de hilvanar los acontecimientos que precipitaron el fin del "ilustre" rioplatense.

Decía que en los últimos dos días yacía en el piso de su camarote. Me han descripto su semblante lívido, sus labios hinchados y los rasgos de dolor en su rostro demacrado. Era una piltrafa, sí, y se revolvía con sangre en las venas todavía, con sangre "jacobina" dirían sus partidarios en Buenos Aires. Podía vencer su enfermedad, y sospecho que en el fondo de su voluntad quebrada, anidaba esa llama de fuerza y esperanza. Era un luchador terrible y no cesaba su combate. Se sabía aún importante en su destierro y creía que podría ganar su batalla todavía. Presentía el peligro a bordo y en las últimas horas sus debilitadas fuerzas se concentraron en apartar el rumbo de la *Fama*. Sé que directamente en su balbuceo enfermizo le pidió al capitán Cranley que regresaran al puerto del Río de Janeiro. El capitán se negó terminantemente aludiendo a las condiciones temporales. Más tarde Manuel, por súplicas a instancias de su hermano, enfrentó a Cranley en la sala de navegación. De esa situación fui testigo presencial. Manuel insistió en que si no se podía llegar al Río de Janeiro, la nave debía enfilar hacia el Cabo de Buena Esperanza. Cranley –bah, el capitán Cranley–, mordiendo su pipa, le respondió de una

manera dilatoria. Dijo que lo consultaría con su primer oficial y que pronto le contestaría. La respuesta tardó unas dos horas o más. Y lo sé por el mismo Cranley: era imposible, realmente, torcer el rumbo de la *Fama*. Manuel insistió esa vez y llegó a amenazar a Cranley con la responsabilidad que tendría si su hermano llegaba a morir durante el viaje. Hasta ese momento, la conducta de Cranley me pareció coherente. Todo iba bien. No había interferencias. Mis órdenes eran las órdenes.

Después, no sólo yo, todos supieron que el capitán Cranley le suministro subrepticiamente, sin el consentimiento de su hermano Manuel y pasando sobre mí, una dosis de un emético tártaro. Esta sustancia es un preparado de potasa y antimonio, cuyo efecto "medicinal" produce fuertes vómitos. Es pueril creer que a un hombre que se ha pasado todo el tiempo vomitando podría curarlo un vomitivo de esta especie. El capitán Cranley parecía haber recordado muy bien las inverosímiles historias de sus enfermedades que nos contara Manuel en la sala de navegación. Era pueril, pero así se había producido su fin. Y a mí, claro está, no me preocupa su desaparición. Me preocupa, y sigue preocupándome, la forma en que se dieron los hechos.

No asistí a los últimos momentos de su agonía. No lo supe, ni pude preverla como se desprende de estos escritos. Pero confieso que he imaginado, es decir, he reconstruido esos instantes con el aporte de los testimonios recogidos.

Luego de haber ingerido el emético, su cuerpo enjuto comenzó a tiritar y retorcerse en el piso del camarote. Sus convulsiones iban acompañadas de fuertes arcadas y vómitos. Esa agonía tormentosa ocurría allí, dentro del pequeño recinto del camarote, mientras afuera las ráfagas del viento estallaban con las olas a babor y a estribor. Estuvo a pesar de ello más de dos días en ese estado; con leves mejorías por momentos, donde llegaba a hablar. En pleno delirio, insistió en dictarle instrucciones a su hermano sobre distintos asuntos de Estado, pero toda su preocupación estaba centrada en su mujer, María Guadalupe, y en el futuro de su hijo. Yo he visto muchos moribundos a lo largo de mi vida, pero esta muerte, que al fin y al cabo es un asunto resuelto, no ha dejado de impresionarme. Hay una obsesión que me visita y quizá tenga que ver con la misteriosa actitud del capitán Cranley. Las dudas y la desconfianza me invaden. Ya no sé, de aquí en adelante, cómo ha de ser mi vida. Estoy a la defensiva, huraño, buscando con calma desentrañar los detalles más oscuros de esta misión.

Sé también que antes de expirar lo visitó uno de esos momentos de lucidez y aparente normalidad. Se diría que tuvo "la mejoría de la muerte". El caso es que su cuerpo dejó de tener convulsiones, y, yaciendo en el suelo del camarote boca arriba, dijo ante su hermano, el joven Guido y el capitán Cranley sus últimas palabras. El "ilustre" rioplatense, en la madrugada del cuarto día de este mes, volvió a pedir la pro-

tección de su familia, a reiterar a su hermano los objetivos de su causa y luego su discurso se hizo ininteligible. De esos instantes finales tengo dos versiones. El capitán Cranley dice que el moribundo dijo, con un balbuceante ronquido: "Este es un verdadero infierno, un infierno sin fuego". Su hermano, Manuel Moreno, se empeña en decir que él dijo: "Viva la patria aunque yo perezca". Ambas versiones carecen de importancia, su cuerpo está ahora en las aguas profundas, batiéndose en la ferocidad de este tifón que nos azota.

Lamentablemente todo sucedió a pesar de mí. La actuación final del capitán Cranley no deja de preocuparme. Y estoy listo para afrontar cualquier otra sorpresa. Mi misión ha concluido, es cierto, aunque no de acuerdo a las órdenes recibidas. Pareciera que las sabias palabras de nuestra infanta Carlota se cumplen a pesar de sus fieles servidores: "Es preciso palo y a los cabezas, cabeza afuera".

Si esta nave llega a buen puerto como todos lo deseamos, y yo con mi cabeza bien puesta, tendrá vuestra excelencia un informe completo de lo sucedido.

Cuando regrese al Río de Janeiro, podré facilitarle honrosamente los aspectos más confidenciales en su propio despacho.

Alta mar, 5 al 10 de marzo de 1811.

La fragata inglesa Fama arribó finalmente a Londres. Se sabe con certeza que después hizo varios viajes a Río de Janeiro y Buenos Aires, pero sin su antiguo capitán, de quien no se conoce su verdadero nombre y jamás se tuvo noticia alguna. Si él fue el ejecutor del crimen de Mariano Moreno ya no importa. Lo que cuenta es que fue un crimen perfecto. Uno de los tantos en nuestra historia.

El manuscrito (copia de otra copia quizá) que he transcripto, me fue enviado, desde su destierro involuntario en el Brasil, por un estimado y reconocido colega.

M. Morales **[*]**

[*] NOTA DEL EDITOR: Historiador cordobés recientemente desaparecido. La autenticidad del supuesto manuscrito que dice transcribir aún no ha sido comprobada.

PAJARITO DE AGUA

Pajarito de Agua, solía decir una mujer que escribía bellas poesías y dulces cuentos. Se llamaba Edith Vera. Pero, ¿qué son los **Pajaritos de Agua**? Acaso pajaritos que nacen después de un día lluvioso, de esas lluvias finitas y persistentes que ponen brillantes las plantas. O acaso aquellos que viven cerca del cauce de un río de aguas cristalinas pintadas de verde por un sauce; un río- espejo que refleja el aletear vigoroso del pajarito que se siente libre. O acaso aquél pajarito que mora en una nube azul y organiza, con otros pajaritos, los aguaceros que volverán fértiles a los campos. Hoy, **Pajarito de Agua** es una colección de cuentos. Cuentos que nos hacen volar. Cuentos que nos enseñan, ayudándonos a conocernos y a conocer la vida. Cuentos que nos hacen crecer, como si fuesen una vitamina para el alma. Cuentos que nos tornan más solidarios y mejores amigos, aproximándonos a los otros seres con los cuales compartimos el mundo. Cuentos que nos divierten, como los compañeros del cole. Eduvim, la editorial de la Universidad Nacional de Villa María, se regocija de haber facilitado el encuentro entre los/as jóvenes y estos Pajaritos de Agua vestidos de cuento.

Carlos Dámaso Martínez vivió en Córdoba hasta 1975. Es Licenciado en Letras por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC. Narrador, ensayista y periodista cultural. Publicó las novelas: *Hay cenizas en el viento, La frontera más secreta, El informante, Serial*; los libros de cuentos: *Hasta que todo arda, La creciente, El amor cambia; La seducción del relato* (ensayos); *El arte de la conversación. Entrevistas a escritores latinoamericanos*. Sus cuentos policiales y fantásticos figuran en varias antologías. Es editor de la revista *Lenguas Vivas* y docente universitario.

UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
VILLA MARIA